006. La riqueza de la Iglesia

Cuando se habla de las riquezas de la Iglesia, muchos piensan que la Iglesia es rica de bienes materiales, lo cual es falso, y nunca hablan de la riqueza verdadera de la cual la Iglesia está bien orgullosa.

Es un lenguaje nuevo que, gracias a Dios, estamos aprendiendo a usar. Los valores del espíritu, y que durarán después para siempre, son los únicos que nos interesan y queremos defender y acrecentar.

Al hablar del matrimonio decimos, con frase ya muy hecha, que la gran riqueza de los padres son los hijos. En comparación de los hijos, no significan nada los otros bienes de fortuna.

Así también, cuando hablamos de la Iglesia hemos de decir, sin restricción ninguna, que la gran riqueza con que cuenta son sus hijos.

Todos los bautizados somos el mayor tesoro de la Santa Madre Iglesia.

En ella nacimos a la vida de Dios. En ella se desarrolla, se perfecciona y llega a su plenitud nuestra vida espiritual.

En ella alcanzamos la vida eterna.

En la Iglesia tenemos todos los bienes de Dios, y nosotros correspondemos al amor de nuestra Madre la Iglesia siendo su honor y su corona.

Este modo de hablar no es expresión de una admiración vana ni de un amor romántico.

Por una parte, la Iglesia es lo más grande que existe en el mundo. Es la gran obra de Jesucristo, y no hay institución humana que la pueda superar.

Por otra parte, la Iglesia ha sido para nosotros una madre verdadera, al habernos dado la vida divina que Jesucristo le comunicó y le confió. Por lo grande que la hizo Jesucristo, y por lo mucho que ha hecho y hace por nosotros, la Iglesia es digna de toda nuestra admiración, de todo nuestro agradecimiento, de todo nuestro amor. Como mi Madre, la Iglesia, no hay...

Y la Iglesia, al sentirse Madre, acrece cada día más su felicidad. En ella se cumple, en orden muy superior al de cualquier mujer, aquello del salmo: que Dios la ha hecho *madre gozosa de muchos hijos...*

Conocida la riqueza de la Iglesia, hay ricos en el mundo que saben renunciar a todo por hacerse de esos bienes que la Iglesia les ofrece. Y la Iglesia, a su vez, se siente orgullosa de tener hijos tan formidables dentro de su casa.

Son casos que se hicieron famosos en su tiempo, pero cuyo recuerdo perdura.

Por ejemplo, el de la joven que queda desheredada de varios millones de dólares por haberse hecho católica, millones que, según el testamento del papá, puede recobrar apenas abandone la Iglesia Católica en que se metió. Ante esta cláusula del testamento, responde la joven:

- *Mi Padre del Cielo es más rico y me dará mejor herencia. Yo no abandono la Iglesia.*

¿Cómo no va a estar orgullosa la Iglesia de una hija así?... (Grace Mindford, en Perardi)

A lo mejor se trata de un hijo de la Iglesia que se descarrió y avanzó muy lejos en el mal y en el crimen. La Madre Iglesia lloraba al hijo extraviado. Pero, gracias a la

solicitud de la Iglesia su Madre, ese hijo perdido se regeneró a tiempo. Como ocurrió con aquellos dos condenados a muerte, que le hablan al santo capellán.

El uno:

- *Padre, entre esta multitud que me sigue hacia la horca, ¿cómo es que el más tranquilo soy yo?...*

Y el otro:

- *¡Quién puede creer, que entre todos los que me miran yo soy el más feliz!...*

¿No va a estar orgullosa la Iglesia de estas joyas que vuelve a recuperar?...
(Condenados, asistidos por San José Cafasso)

No decimos nada de esos grandes Santos y Santas, que forman una lista interminable, y que son lo más excelso que en el orden moral ha tenido el mundo. Son todos ellos una riqueza sin igual de la Iglesia. Desde una Mónica y un Francisco de Asís, hasta un Javier o una Teresa de Jesús...

Además, no olvidamos la respuesta de Lorenzo al Prefecto de Roma, que le condenaba a morir quemado vivo sobre las parrillas por no haber querido entregar los tesoros de la Iglesia. Mostrándole los pobres, enfermos e imposibilitados a los cuales mantenía la Iglesia de Roma, le dice: *Éstas son las riquezas de la Iglesia. No tengo ni administro otras.*

El Papa Pablo VI, que con su doctrina ha sido modernamente el Papa que más ha profundizado en el misterio de la Iglesia, nos dice:

- *Es necesario que se esclarezca cada vez más en vosotros la conciencia de lo que significa pertenecer a la Iglesia; conciencia de dignidad, pues en la Iglesia somos hijos de Dios y hermanos de Cristo; conciencia de riqueza, ¿pues hay riqueza mayor que ser admitidos a esta sociedad de salvación?; conciencia de compromiso, porque un miembro de la Iglesia es un fiel que se apega, se compromete y persevera (1 Junio 1966)*

Esta es la verdad. Nosotros somos ricos en la Iglesia y por la Iglesia. Y si somos hijos dignos de la Iglesia, nos convertimos en su riqueza mayor, en su corona espléndida, en su orgullo más legítimo...

Le cantamos con el salmo a la Iglesia:

- *Todas las fuentes de mi riqueza están en ti (Salmos 86 y 112)*

Y ella nos contesta con otras palabras bíblicas (Génesis 48,9):

- *¡Estos son los hijos que el Señor me ha dado!...*